

DAN BROWN

LA CONSPIRACIÓN



DAN BROWN

LA CONSPIRACIÓN

A stylized, handwritten signature of Dan Brown in black ink. The signature is fluid and cursive, with the first part being a large loop and the last part ending in a long, horizontal flourish.

Firmado digitalmente por Dan Brown

Traducción de M.^a José Díez

Capítulo 1

El restaurante Toulos, contiguo a Capitol Hill, se jacta de ofrecer una carta políticamente incorrecta a base de platos como la ternera blanca o el *carpaccio* de caballo, lo que lo convierte en un lugar irónico donde los peces gordos de Washington se reúnen para celebrar desayunos de trabajo. Esa mañana Toulos estaba muy concurrido, una algarabía de cubiertos de plata, cafeteras exprés y conversaciones per teléfono.

El maître bebía a escondidas un sorbo de su bloody mary matutino cuando entró la mujer. Se volvió hacia ella con una sonrisa estudiada.

—Buenos días —saludó—. ¿En qué puedo ayudarla?

La mujer era atractiva, de unos treinta y tantos años, y vestía unos pantalones de pinzas de franela gris, zapatos planos de aire conservador y una blusa color marfil de Laura Ashley. Caminaba erguida, el mentón ligeramente levantado, no con arrogancia, sino con fuerza. Tenía el cabello castaño claro que llevaba al estilo que hacía furor en Washington, el de presentadora de televisión: una cuidada melena con las puntas hacia adentro a la altura de los hombros, lo bastante largo para resultar sexy pero lo suficientemente corto como para recordarle a uno que ella probablemente fuese más inteligente que él.

—Llego un poco tarde —contestó con sencillez—. Tengo una cita con el senador Sexton.

Un inesperado nerviosismo se apoderó del maître.

«Sedgewick Sexton.» El senador era un cliente asiduo y uno de los hombres más famosos del país. La semana anterior, tras arrasar con los republicanos en las doce primarias del supermartes, el senador tenía prácticamente garantizada la candidatura a presidente de Estados Unidos por parte de su bando. Eran muchos los que creían que al senador se le presentaba una oportunidad excepcional para arrebatarle la Casa Blanca al controvertido presidente en otoño. De un tiempo a esa parte, el rostro de Sexton parecía ocupar las páginas de todas las revistas nacionales, y el eslogan de su campaña estaba presente en toda América: «Dejar de gastar y empezar a mejorar.»

—El senador está en su reservado —informó el maître—. Y usted es...

—Rachel Sexton, su hija.

«Seré tonto», pensó él; el parecido resultaba bastante evidente. La mujer tenía los penetrantes ojos y el refinado porte del senador, ese aire elegante de nobleza imperecedera. A todas luces el atractivo clásico del político no se había perdido en la siguiente generación, aunque Rachel Sexton parecía lucirlo con una gracia y una humildad de las que su padre podría aprender.

—Es un placer tenerla con nosotros, señorita Sexton.

Cuando el hombre atravesó el restaurante con la hija del senador, lo abochornó percatarse de la avalancha de miradas masculinas que la seguían; unas, discretas, otras, menos. Eran pocas las mujeres que comían en Toulos, y menos aún las que se parecían a Rachel Sexton.

—Bonito cuerpo —observó un comensal—. ¿Sexton ya se ha agenciado una nueva esposa?

—Es su hija, idiota —repuso otro.

El primero soltó una risita.

—Conociendo a Sexton, probablemente se la tirará de todos modos.

Cuando Rachel llegó a la mesa de su padre, éste hablaba a voz en grito por el móvil de uno de sus éxitos más recientes. Alzó la vista sólo lo bastante para darse unos golpecitos en el Cartier con el objeto de recordarle a su hija que llegaba con retraso.

«Yo también te he echado de menos», pensó Rachel.

El primer nombre de su padre era Thomas, aunque había adoptado el segundo hacía tiempo. Rachel sospechaba que ello se debía a que le gustaba la aliteración: senador Sedgewick Sexton. El hombre era un político de cabello plateado y pico de oro que había sido ungido con la apariencia atildada de un médico de culebrón, lo que parecía apropiado, a tenor de su talento para la actuación.

—Rachel. —El hombre colgó y se levantó para darle a su hija un beso en la mejilla.

—Hola, papá.

Ella no le devolvió el beso.

—Pareces exhausta.

«Ya empezamos», pensó ella.

—Recibí tu mensaje, ¿qué sucede?

—¿Acaso no puedo pedirle a mi hija que desayune conmigo?

Rachel había aprendido hacía tiempo que su padre rara vez solicitaba su compañía a menos que tuviese segundas intenciones.

Sexton bebió un sorbo de café.

—Y dime, ¿cómo te va?

—Estoy ocupada. He visto que tu campaña va bien.

—No hablemos de negocios. —Sexton se inclinó sobre la mesa y bajó la voz—. ¿Qué tal el tipo del Departamento de Estado con el que te concerté la cita?

Rachel exhaló un suspiro y trató de contener las ganas que tenía ya de mirar el reloj.

—Papá, no he tenido tiempo de llamarlo. Y me gustaría que dejaras de...

—Tienes que sacar tiempo para dedicarlo a las cosas importantes, Rachel. Sin amor, todo lo demás carece de sentido.

A su hija le vinieron a la cabeza unas cuantas respuestas, pero optó por guardar silencio. Ser la más madura no resultaba difícil cuando la otra persona era su padre.

—Papá, querías verme, dijiste que era importante.

—Y así es. —Los ojos de Sexton la escudraron con atención.

Rachel sintió que parte de sus defensas se desvanecían ante esa mirada y maldijo el poder de su padre. Los ojos del senador eran su punto fuerte, uno que Rachel intuía que probablemente lo llevaría a la Casa Blanca. En el momento justo se anegarían en lágrimas y, acto seguido, se despejarían, abriendo una ventana a una alma apasionada, estableciendo un lazo de confianza con todo el mundo. «La confianza lo es todo», solía decir su padre. El senador había perdido la de Rachel hacía años, pero se estaba ganando de prisa la del país.

—Tengo una propuesta que hacerte —afirmó Sexton.

—A ver si lo adivino —replicó su hija en un intento de hacerse fuerte de nuevo—. ¿Un divorciado prominente que busca una esposa joven?

—No te engañes, cariño. Tú ya no eres tan joven.

Rachel experimentó la familiar sensación de empequeñecimiento que tan a menudo la embargaba cuando se reunía con su padre.

—Quiero lanzarte un bote salvavidas —aseguró él.

—No sabía que me estuviera ahogando.

—Tú no, pero el presidente sí. Deberías abandonar el barco antes de que sea demasiado tarde.

—¿No hemos tenido ya esta conversación?

—Piensa en tu futuro, Rachel. Puedes venir a trabajar conmigo.

—Espero que no me hayas pedido que viniera por eso.

El barniz de calma del político se quebró ligeramente.

—Rachel, ¿es que no ves que el hecho de que trabajes para él daña mi imagen y la de mi campaña?

Ella suspiró. Ya habían discutido ese punto en otras ocasiones.

—Papá, no trabajo para el presidente, ni siquiera lo conozco. Trabajo en Fairfax, por el amor de Dios.

—La política se basa en las impresiones, Rachel, y da la impresión de que trabajas para el presidente.

Ella soltó un nuevo suspiro, procurando no perder la calma.

—He trabajado mucho para conseguir ese empleo, papá, y no tengo intención de dejarlo.

Sexton amusgó los ojos.

—¿Sabes qué? A veces esa actitud egoísta tuya...

—¿Senador Sexton?

Junto a la mesa apareció un periodista.

El semblante de Sexton se relajó en el acto. Rachel soltó un gruñido y cogió un cruasán del cestillo que había en la mesa.

—Ralph Sneed —se presentó el periodista—. *Washington Post*. ¿Podría hacerle unas preguntas?

El senador sonrió y se limpió la boca delicadamente con una servilleta.

—Será un placer, Ralph. Pero que sea rápido, no quiero que se me enfríe el café.

El aludido rió en el momento oportuno.

—Desde luego, señor. —Sacó una minigrabadora y la encendió—. Senador, por televisión su propaganda electoral exige la igualdad de salarios para las mujeres en el terreno laboral, así como reducciones de impuestos para

familias creadas recientemente. ¿Podría decirme en qué se basa para pedir eso?

—Cómo no. Sencillamente soy un defensor convencido de las mujeres fuertes y las familias fuertes.

Rachel estuvo a punto de atragantarse con el cruasán.

—Y, ya que estamos con las familias —continuó el periodista—, habla usted mucho de la educación y ha propuesto algunos recortes presupuestarios sumamente polémicos en un esfuerzo por asignar más fondos a los colegios de nuestro país.

—«Creo que los niños son nuestro futuro.»¹

Rachel no podía creer que su padre hubiese caído tan bajo como para citar canciones pop.

—Finalmente, señor —dijo el periodista—, a lo largo de las últimas semanas su popularidad ha aumentado considerablemente en los sondeos. Sin duda, el presidente estará preocupado. ¿Algún comentario con respecto a ese reciente éxito?

—Creo que tiene que ver con la confianza. Los norteamericanos están empezando a entender que al presidente no se le pueden confiar las difíciles decisiones a las que se enfrenta esta nación. El desmedido gasto público está endeudando cada vez más a este país, y los norteamericanos están comenzando a darse cuenta de que ya es hora de dejar de gastar y empezar a mejorar.

A modo de indulto de la retórica de su padre, el busca de Rachel comenzó a sonar en su bolso. Por regla general, el estridente pitido electrónico constituía una interrupción inoportuna, pero en ese instante a ella casi se le antojó melodioso.

Al verse interrumpido, el senador fulminó con la mirada a su hija.

1. En el original, «*I believe that children are our future*», estrofa del tema *Greatest love of all* de Whitney Houston. (N. de la t.)

Rachel sacó el busca y pulsó la secuencia preseleccionada de cinco dígitos, confirmando así que el aparato estaba en su poder. El pitido cesó y la pantalla de LCD comenzó a parpadear. Al cabo de quince segundos recibiría un mensaje de texto seguro.

Sneeden sonrió al senador.

—Es evidente que su hija es una mujer ocupada. Da gusto ver que así y todo ustedes dos consiguen sacar tiempo para comer juntos.

—Como le he dicho, la familia es lo primero.

Sneeden asintió y, acto seguido, endureció la mirada.

—¿Podría preguntarle, señor, cómo resuelven usted y su hija sus conflictos de intereses?

—¿Conflictos? —El senadorladeó la cabeza y puso una inocente cara de perplejidad—. ¿A qué conflictos se refiere?

Rachel alzó la vista e hizo una mueca de disgusto al ver el número de su padre. Sabía exactamente cómo acabaría aquello. «Malditos periodistas», pensó. La mitad de ellos estaban en la nómina de los políticos. Se trataba de una pregunta trampa, una que daba la impresión de ser comprometida, pero en realidad era un favor preparado que se le hacía al senador, un lanzamiento alto y lento que su padre podía recoger y sacar del campo de juego, aclarando unas cuantas cuestiones.

—Bueno, señor... —El periodista tosió, fingiendo incomodidad—. El conflicto es que su hija trabaja para su rival.

El senador Sexton rompió a reír, quitándole hierro a la pregunta en el acto.

—Ralph, en primer lugar, el presidente y yo no somos rivales. Sólo somos dos patriotas que sostienen puntos de vista distintos en lo tocante a cómo gobernar el país que amamos.

El periodista esbozó una sonrisa radiante. Ya tenía una cita jugosa.

—¿Y en segundo lugar?

—En segundo lugar, mi hija no trabaja para el presidente, sino para los servicios de inteligencia. Recaba información de carácter confidencial y la envía a la Casa Blanca. Se trata de un cargo bastante modesto. —Hizo una pausa y miró a Rachel—. De hecho, cariño, creo que ni siquiera conoces al presidente, ¿no es así?

Rachel clavó la vista en él, los ojos al rojo.

El busca sonó y Rachel centró su atención en el mensaje que apareció en la pantalla: PRSNTS DIR NRO INMD.

Descifró las abreviaturas de inmediato y frunció el ceño. La noticia era inesperada y, casi con toda seguridad, mala. Al menos tenía la excusa adecuada para marcharse.

—Caballeros, sintiéndolo mucho, tengo que irme. Llego tarde al trabajo —anunció.

—Señorita Sexton —se apresuró a responder el periodista—, antes de que se vaya, me preguntaba si podría comentar algo con respecto al rumor que corre de que ha concertado usted esta cita para tratar la posibilidad de dejar su actual empleo y entrar a trabajar con su padre.

Fue como si le arrojaran café caliente en pleno rostro. La pregunta pilló totalmente desprevenida a Rachel, que miró a su padre y presintió al verlo sonreír que ésta estaba amañada. Le entraron ganas de abalanzarse sobre él y clavarle un tenedor.

El periodista le plantó la grabadora en la cara.

—¿Señorita Sexton?

Ella lo miró a los ojos.

—Ralph, o quienquiera que sea usted, a ver si le queda claro: no tengo la menor intención de dejar mi empleo para trabajar con el senador Sexton, y si escribe diciendo lo contrario tendrá que sacarse esa grabadora del culo con un calzador.

El periodista abrió los ojos de par en par, apagó la grabadora y reprimió una sonrisa.

—Gracias a los dos.

Y se esfumó.

Rachel lamentó en el acto haber perdido los estribos. Había heredado el carácter de su padre y se odiaba por ello. «Tranquila, Rachel, tranquila.»

El senador le dirigió una mirada reprobadora.

—No te vendría mal aprender a guardar la compostura.

Ella empezó a recoger sus cosas.

—Esta reunión ha terminado.

Al parecer, el senador ya le había dicho lo que tenía que decirle. Sacó el móvil para efectuar una llamada.

—Adiós, cariño. Pásate por el despacho un día de éstos a saludar. Y cástate, por el amor de Dios, que ya tienes treinta y tres años.

—Treinta y cuatro —corrigió ella—. Tu secretaria me envió una felicitación.

Él chasqueó la lengua compungido.

—Treinta y cuatro. Casi una solterona. A los treinta y cuatro años yo ya me...

—¿Tú ya te habías casado con mamá y te tirabas a la vecina? —Lo dijo más alto de lo que pretendía, la voz dejándose oír con claridad en medio de un inoportuno momento de silencio. Los que estaban cerca se volvieron para mirarlos.

La mirada del senador se tornó glacial de inmediato, dos carámbanos que la atravesaron.

—Cuidado con lo que dices, jovencita.

Rachel echó a andar hacia la puerta. «No, cuidado con lo que dice usted, senador.»